

El ascenso de Hugo Chávez al poder Frustración, resentimiento y venganza en la Venezuela de fines del siglo XX*

Trino Márquez** pp. 91-108

Resumen

Junto a las causas estructurales que explican el triunfo de Hugo Chávez en las elecciones de 1998 —aumento de la pobreza y de las desigualdades sociales, incremento de la informalidad y de los barrios marginales, caída de la inversión, crisis financiera, entre otras graves dificultades que precedieron esa victoria—, operaron dos factores cruciales. El primero: la enorme frustración, resentimiento y deseos de venganza de gran parte de los votantes, convencidos de que la Venezuela petrolera rica no había distribuido de forma equitativa los beneficios entre la mayoría de los venezolanos, debido a que un grupo de corruptos se había quedado con la mayor tajada de esa fortuna o la había dilapidado. La segunda: el surgimiento de un carismático líder populista dotado de una altísima capacidad de seducir a las masas, quien no tuvo escrúpulos en valerse de esa distorsión para manipular al electorado, apareciendo como la némesis que llevaría a cabo la venganza contra esa legión de sanguijuelas.

Palabras clave

Hugo Chávez / Poder político / Resentimiento / Venganza / Causas

Abstract

Along with the structural causes that explain the victory of Hugo Chávez in the 1998 elections —increase in poverty and social inequalities, increase in informality and marginal neighborhoods, fall in investment, financial crisis, among other serious difficulties that preceded that victory— two crucial factors intervened. The first: the enormous frustration, resentment and desire for revenge of a large part of the voters, convinced that the rich oil Venezuela had not equitably distributed the benefits among the majority of Venezuelans, due to the fact that a group of corrupt kept the biggest slice of that fortune or had squandered it. The second: the emergence of a charismatic populist leader endowed with a high capacity to seduce the masses, who had no scruples in using that distortion to manipulate the electorate, appearing as the nemesis who would carry out revenge against that legion of leeches.

Key words

Hugo Chávez / Political Power / Resentment / Revenge / Causes

*Este artículo constituye una extensión del libro del autor, *Hugo Chávez, Caudillo. Cómo el populismo destruyó la democracia venezolana* (en edición), el cual fue escrito originalmente con el fin de participar en el XV Concurso de Ensayos de Caminos de la Libertad, 2020, organizado por la Fundación Salinas, México, dondél obtuvo Mención Honorífica; por esa misma razón, no cuenta con referencias bibliográficas, sino que al final se especifica la bibliografía consultada.

** Sociólogo, Dr. en Ciencias Sociales. Profesor y miembro del Comité Académico del Doctorado de Faces, UCV, y del Comité Académico de Cedice. Coeditor del portal Ideas de Babel y colaborador de Liberty Found, Indianapolis. Articulista en varios medios.
Correo-e: trino.marquez@gmail.com

Introducción

En Venezuela Hugo Chávez representa la figura política más importante de finales del siglo XX y la primera década del siglo XXI. El caudillo de origen militar sentó las bases de la destrucción de la democracia, luego de ser electo Presidente de la República en los comicios de diciembre de 1998. Esta victoria popular la obtuvo a pesar de haber fracasado en el cruento golpe de Estado perpetrado, junto a otros comandantes, el 4 de febrero de 1992 (4-F). Durante los primeros años después de salir de la cárcel en 1994, señaló con insistencia que no participaría en las elecciones presidenciales previstas para el año 98 porque él, revolucionario convencido y militante, no se prestaría para convalidar la «farsa» de las «elecciones burguesas». Luego de haber subrayado que acabaría con la «Cuarta República», el oscuro período que habría transcurrido entre la separación de Venezuela de la Gran Colombia en 1830 y el momento luminoso en el cual él ascendería al poder, optó por presentar a las elecciones.

No obstante esas señales tan negativas, más otras adicionales que apuntaré más adelante, la mayoría de los votantes que concurren a las urnas electorales en aquella jornada de diciembre de 1998, se inclinaron por la opción encarnada por el frustrado golpista. ¿Qué pasó en Venezuela? ¿Por qué una masa tan amplia de una sociedad, que durante décadas había manifestado una vocación claramente democrática, se inclinó por un militar felón, promotor de una fracasada rebelión armada y líder de un proyecto dirigido a pulverizar el sistema de convivencia democrática, ejemplo de estabilidad en América Latina, región plagada de regímenes militares y gobiernos autoritarios?

La tesis de este artículo la podemos sintetizar como sigue: junto a las causas estructurales que un estudio exhaustivo podría encontrar para explicar la llegada de Chávez al poder –aumento de la pobreza y de las desigualdades sociales, incremento de la informalidad y de los barrios marginales, caída de la inversión, crisis financiera, el pésimo gobierno de su predecesor, Rafael Caldera, deslegitimación de los partidos políticos y ceguera de algunos sectores de las élites, entre otras graves dificultades que precedieron su victoria–, operaron dos factores cruciales. El primero: la enorme frustración, resentimiento y deseos de venganza por parte del pueblo votante, convencido de que la Venezuela petrolera rica no había distribuido de forma equitativa los beneficios entre la mayoría de los venezolanos, debido a que un grupo de corruptos se había quedado con gran parte de esa fortuna o la había

malbaratado. La segunda: el surgimiento de un carismático líder populista dotado de una altísima capacidad de seducir a las masas, quien no tuvo escrúpulos en valerse de esa ficción para manipular al electorado, apareciendo como la némesis que llevaría a cabo la venganza –por muchos años esperada– contra la legión de sanguijuelas que habían engordado chupando la sangre de los venezolanos.

Fractura del mito, decepción popular, revancha ciudadana y líder carismático se mezclaron para dar como resultado un éxito electoral que abrió las puertas hacia la debacle nacional. El «voto castigo», típico en las democracias representativas con gobiernos alternativos, se transformó en «voto suicidio»: los votantes se inclinaron en las papeletas por un líder mesiánico que, tal como él lo había expresado en numerosas ocasiones, no creía en la soberanía popular manifestada a través del sufragio, ni en el libre albedrío, ni en los gobiernos con períodos acotados, ni en las instituciones republicanas arbitrales, que sirven para moderar las tensiones dentro del Estado y entre este y la sociedad. Chávez fue un autócrata colocado por encima del orden constitucional, incluso del mismo que él había creado, y para quien lo esencial era eternizarse en el poder. Objetivo que logró, pues se mantuvo en la casa de gobierno –el Palacio de Miraflores– desde el 2 de febrero de 1999, fecha en la cual se juramentó por primera vez como Presidente de la República, hasta el 5 de marzo de 2013, cuando fue anunciado oficialmente su fallecimiento. Ese ciclo de catorce años ha sido el más prolongado de un mandatario venezolano, desde el tirano Juan Vicente Gómez en el siglo XX, quien gobernó por veinte siete años, entre 1908 y 1935.

En este artículo se desarrollarán las premisas claves de dicha tesis.

El triunfo de la locura

Con la victoria de Hugo Chávez, Venezuela inicia el recorrido hacia el ocaso de la democracia y la destrucción de la economía. Aparte de lo ocurrido en Cuba con la dictadura totalitaria impuesta por Fidel Castro y el Partido Comunista de Cuba después de la Segunda Mundial, no se consiguen casos similares en América Latina.

Lo usual consiste en que los regímenes autoritarios acaban con el Estado de derecho y el orden constitucional, pero estabilizan la economía y fomentan su crecimiento porque corrigen entuertos, introducen reglas claras y garantizan los derechos de propiedad. Así operó el esquema con Augusto Pinochet, en Chile, y con Alberto Fujimori, en Perú; y, antes, con las

dictaduras más tradicionales como la de Rafael Leónidas Trujillo, en República Dominicana, y la de Marcos Pérez Jiménez, en Venezuela.

En otras experiencias, la economía se descalabra, pero se mantiene intacto el sistema democrático representativo. Se respeta el principio de los períodos acotados y la alternancia en el gobierno, y se convocan elecciones periódicas libres. Esa ha sido la trayectoria en Argentina –incluso con los peronistas– en Perú, Paraguay, Uruguay y Ecuador, con los partidos u organizaciones que se han alternado en el gobierno durante las últimas décadas, luego de ser derrotadas las dictaduras durante largos períodos en cada una de esas naciones.

En cambio, aplicar una tenaza para socavar las libertades democráticas y arruinar la economía ha ocurrido solo en Venezuela y en Cuba, países que contaban –antes de la entronización de regímenes socialistas vitalicios– con economías de mercado en vías de consolidarse y, en el caso específico de Venezuela, con una democracia, en apariencia, bien asentada. Las dos naciones llegaron por vías muy distintas a resultados equivalentes.

La guerrilla organizada por Fidel Castro en la Sierra Maestra –luego de desembarcar en Cuba en el Granma, en 1956– contó con un amplio apoyo nacional e internacional porque el líder insurgente prometió devolverle la libertad y la democracia a la nación. En su ideario aparecían la restitución del Estado de derecho, el resguardo de la propiedad privada, el fomento de la iniciativa particular, el respeto a las organizaciones políticas y sociales de diversas tendencias, la convocatoria a elecciones libres y el restablecimiento pleno de las libertades civiles, conculcadas por la dictadura de Fulgencio Batista. Con esas ofertas atrajo a los amplios sectores –dentro y fuera de Cuba– que lo respaldaron. Hasta en la élite de Estados Unidos sus promesas democráticas fueron aplaudidas. El continente aspiraba que el principal territorio insular del Caribe encontrara la ruta democrática. A lo largo del siglo XX, desde su independencia de España en 1898, pocos habían sido los años en los cuales había disfrutado del sistema de libertades.

En cambio, en Venezuela, finalizando el siglo XX, la mayoría de los electores que concurrieron a las elecciones presidenciales, las últimas de la centuria, se pronunciaron a favor de Hugo Chávez, un teniente coronel en condición de retiro que casi siete años antes –el 4 de febrero de 1992– había irrumpido en la escena nacional liderando un golpe de Estado fallido y sangriento contra el presidente Carlos Andrés Pérez, principal líder de AD, el partido más grande e importante de la historia venezolana. Era la primera

vez, en casi cuarenta años de vida democrática, que un grupo de sediciosos se alzaba en armas contra el orden constitucional. Desde la completa derrota de la guerrilla –financiada en gran medida por Fidel Castro– a comienzos de la década de los años sesenta, Venezuela había vivido un prolongado período de paz, solo interrumpido por los sucesos ocurridos en Caracas y en otras ciudades del país en el 4 de febrero de 1989 («El Caracazo») y, luego por el madrugonazo del 4-F.

Chávez se convirtió en Presidente de la República al triunfar frente a Henrique Salas, su adversario más fuerte. Esa fue una victoria desconcertante, pero no porque hubiese tomado de sorpresa al país. Ya los sondeos de opinión, hacia el último trimestre de ese año, reflejaban que el antiguo insurgente, convertido en candidato presidencial, tenía una alta probabilidad de convertirse en el nuevo jefe de Estado. Fue desconcertante porque Chávez representaba el cambio radical. Salas, la renovación dentro de la continuidad. El primero jamás había desempeñado ningún cargo público; carecía de experiencia gerencial y administrativa. Su máximo logro en esta materia, de acuerdo con su propia confesión, había sido administrar la cantina de uno de los cuarteles donde había pasado sus primeros años de militar activo. El otro era el exitoso gobernador del Carabobo, el estado industrial más importante de Venezuela, donde había desempeñado una eficaz labor que le valió la reelección en los comicios regionales de 1995 y luego la candidatura presidencial en representación de la coalición democrática que enfrentó a los grupos que apoyaban a Hugo Chávez. El Comandante había prometido acabar con la Cuarta República, que, según su extraña periodización de la historia venezolana, se extendería desde la disolución de la Gran Colombia, allá en 1830, hasta el momento de su llegada a la sede del Gobierno, el Palacio de Miraflores. Juraba destruir los partidos tradicionales, convocar una asamblea constituyente y redactar una nueva constitución que serviría de marco global para la Quinta República, el nuevo orden institucional que él impulsaría a partir de las ruinas del antiguo régimen. Salas insistía en profundizar las reformas, algunas en marcha –por ejemplo, la descentralización–, que convertirían a Venezuela en una nación más moderna, democrática, equitativa y competitiva en el plano internacional. La confrontación se planteó entre continuidad y ruptura. Luego se vería que terminaría siendo entre civilización y barbarie, tal como había sido el dilema venezolano en el primer tercio del siglo XX, cuando Gómez dominaba a su antojo la Venezuela rural de aquella época, con un enclave petrolero.

Chávez, a diferencia de Fidel Castro, nunca ocultó lo que aspiraba llevar a cabo. De allí lo insólito. Nadie podría acusarlo de negar sus pretensiones o haber engañado a los electores. Por supuesto que no decía toda la verdad. Se guardaba *in pectore* una parte de ella. Muchos de los candidatos a cargos de elección popular lo hacen durante el lapso que dura la campaña comicial. En su papel de candidato presidencial anunció cambios democráticos significativos: adecentar el Poder Judicial, extirpar el cáncer de la corrupción y la impunidad –exageradas de forma intencional por la izquierda insurreccional y los enemigos de la democracia–, avanzar hacia la *verdadera* descentralización del Estado, fortalecer los derechos humanos, extraviados durante la *democracia burguesa* y resguardar la propiedad privada y la iniciativa particular.

Si se apartan esas ofertas que terminaron siendo engañosas, lo básico de su demoledor plan lo enunció con claridad meridiana. Su discurso ampuloso y su estilo caudillesco, propios de una sociedad rural dominada por arcaísmos, se expresaron con toda nitidez. A lo largo de la campaña electoral lució como un personaje más ligado a la Venezuela pre petrolera y pre moderna, que a una nación cosmopolita en trance de ingresar al siglo XXI: la era de la revolución del conocimiento, la informática y la globalización. Su forma de expresarse grandilocuente y patrioter, pasada de moda en las postrimerías del siglo XX, y sus vagas ofertas sobre un hipotético futuro luminoso, electrizaron a los millones de votantes que le dieron un triunfo holgado en la cita electoral de diciembre de aquel año 1998.

Esa victoria cambió de forma radical la trayectoria nacional, caracterizada por una línea ascendente hacia la modernidad y las reformas democráticas, desde la muerte del general Juan Vicente Gómez, tirano patriarcal que impuso su mano de hierro durante las casi tres décadas: que duró su mandato. Salvo en la llamada «década de la dictadura» –entre el 24 de noviembre de 1948, fecha del golpe de Estado contra el presidente Rómulo Gallegos, y el 23 de enero de 1958, día en que el general Marcos Pérez Jiménez huye de Venezuela–, en ese largo ciclo de 64 años la nación fue realizando ajustes progresivos para adaptarse –en un ambiente de respeto al orden democrático– a los cambios jurídicos, económicos y culturales que estaban produciéndose en el resto del planeta y en la propia realidad doméstica.

Con Hugo Chávez no se produce solo un cambio de gobierno. También comienza a operarse una mudanza de régimen. Una modificación drástica en las reglas del sistema democrático. Este pronto empezaría a desdibujarse hasta quedar convertido en una parodia de lo que había sido durante los

cuarenta años anteriores. Desde la toma de posesión en la sede del Congreso de la República, el 2 de febrero de 1999, se inicia la subversión del orden constitucional. Ese mismo día, en el acto solemne de la asunción al cargo de Presidente, Chávez señala que toma juramento ante «La Moribunda», tal como calificó de manera despectiva a la Constitución de la República de Venezuela, aprobada en sesión conjunta de las cámaras del Senado y de Diputados, el 23 de enero de 1961. En los meses posteriores continuaría una extensa cadena de violaciones a la Carta Magna y al estado de Derecho, que terminarían sepultando a la democracia y sustituyéndola por una autocracia populista, análoga a la tiranía totalitaria implantada por Fidel Castro en Cuba.

La autocracia populista: un giro sorprendente, pero previsible

El vuelco emprendido por Chávez en la jefatura del Estado desde los primeros días de encontrarse en el Palacio de Miraflores, aunque radical y acelerado, era previsible. No debió haber constituido ninguna sorpresa para los venezolanos atentos al acontecer político.

En diciembre de 1994 –pocos meses después de su salida de la cárcel de Yare, donde había estado cumpliendo condena por rebelión militar, tras la frustrada intentona de febrero de 1992– Chávez se dirige a Cuba en su primer viaje al exterior. En la isla, fue recibido con honores por Fidel Castro. El viejo decano de los dictadores latinoamericanos vio pronto la posibilidad de afincarse en el aún joven e inexperto Chávez, para crear una base de apoyo para su régimen en el país petrolero más importante del hemisferio. Todavía era temprano para ponerle la mano al crudo, pero el sagaz autócrata vislumbró la posibilidad de que el sedicioso del 4-F se convirtiera en una figura nacional capaz de representar sus intereses en Venezuela, una nación estratégica para la región en aquel entonces.

En 1994, Cuba todavía se encontraba bajo el impacto de las secuelas provocadas por la desintegración de la Unión Soviética. El generoso subsidio que recibía del imperio soviético fue cortado abruptamente por el gobierno de Boris Yeltsin. La respuesta de Castro consistió en decretar el Período Especial, una forma eufemística de señalar que el pueblo tendría que ajustarse todavía más el cinturón, que la tarjeta de racionamiento sería más reducida, que la electricidad sería por lapsos más cortos, que servicios como la salud y el transporte públicos se erosionarían todavía más y que el hambre y la miseria causarían mayores estragos entre los cubanos más pobres. Castro estaba dispuesto a imponerle cualquier sacrificio al esquilmo pueblo cubano antes

que ceder un ápice de poder en esa estructura monolítica conformada por él, centro de gravitación de todo el Estado, el Partido Comunista cubano y el Ejército. Después de más de treinta años de estar siendo subsidiada por la URSS, la isla antillana –sometida a un riguroso sistema de control socialista– no había podido construir una economía autónoma sólida, con posibilidades de romper el cordón umbilical que la ataba a la madre patria comunista.

Castro, en medio de aquella crisis pavorosa provocada por el derrumbe mundial del orden socialista y la ineficacia intrínseca de los modelos estatistas, se negaba a introducir reformas mínimas que abrieran la economía a la inversión extranjera en las novedosas condiciones establecidas por el avance de la globalización. Rechazaba aceptar las recomendaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y, desde luego, del Fondo Monetario Internacional (FMI), animar la emergencia de una capa de empresarios privados y estimular la iniciativa particular, promover sindicatos independientes y democratizar el sistema político, con la incorporación de partidos de distintas tendencias y de acuerdo con el canon de las democracias occidentales. Refractario a cualquier cambio reformador, el conservador y vitalicio mandatario mantuvo a toda costa el esquema intervencionista en la economía, la asfixia de la sociedad civil y el dominio piramidal del Partido Comunista y el Ejército sobre la isla.

Con esa visión autoritaria del ejercicio del poder y del control económico y social estaba plenamente identificado Hugo Chávez en 1994, cuatro años antes de los comicios nacionales. Le parecía que ese era el ejemplo que el resto de América Latina y, por supuesto, Venezuela debían seguir.

En la Universidad de la Habana, donde fue aclamado como héroe de la liberación venezolana, llamó a Cuba el «mar de la felicidad», obviando la evidente pobreza de la sociedad, la falta de libertad y el flujo continuo de miles de cubanos que se lanzaban al mar Caribe en pequeñas e improvisadas embarcaciones con el fin de alcanzar las costas de Florida o las de cualquier otro lugar donde la fuerza de los vientos las arrastrara. Alabó con entusiasmo a Fidel Castro y al modelo cubano. A ambos los calificó de representantes de la «dignidad de los pueblos oprimidos del mundo que luchan contra el imperialismo norteamericano». Todas las frases manidas y los lugares comunes de la izquierda latinoamericana más anacrónica fueron vertidos a raudales durante aquella visita. Más que admiración, Chávez demostró sentir idolatría por Castro y la gigantesca cárcel que él había construido en ese territorio caribeño.

Esa visión idealizada del líder comunista y la ruinosa revolución cubana no cambió en los años siguientes. Se mantuvo en segundo plano. Fue debidamente morigerada cuando Chávez se convenció, por la intervención de varios veteranos dirigentes de la izquierda moderada, de lanzarse a la liza electoral. Entonces entendió que debía moderar el lenguaje con el fin de no alejar al electorado de una nación que había vivido durante cuatro décadas en el marco de una democracia estable, la primera en infringirle una derrota sin precedentes a Castro cuando, en varias oportunidades, intentó invadir el espacio venezolano con fuerzas expedicionarias.

El periplo a Cuba, la comparecencia en la Universidad de La Habana, el éxtasis ante el anacrónico Fidel Castro y el desgastado proceso cubano y, dentro de Venezuela, la cercanía con los residuos de las tendencias fidelistas que todavía sobrevivían, sus críticas a la *democracia burguesa* y la exaltación de Ezequiel Zamora, figura subalterna de la Guerra Federal glorificada por el Partido Comunista de Venezuela (PCV), tendrían que haber sido suficientes señales de alarma para que los sectores del país que le dieron su confianza, se convencieran de que una victoria de Hugo Chávez en los comicios presidenciales de 1998, significaría un peligroso vuelco en el curso de la historia nacional. Sin embargo, ese evidente riesgo no fue detectado por quienes lo eligieron y mucho menos calibrado en su justa dimensión por los políticos, empresarios, intelectuales, periodistas, dueños de medios de comunicación social y ciudadanos normales y corrientes, que se inclinaron por su opción durante aquella campaña. Además del triunfo, esos grupos terminaron elevándolo, poco tiempo más tarde, a la condición de amo absoluto del poder y fundador de un nuevo régimen: la autocracia populista. Cuarenta años de democracia empezaron a ser sepultados debido a la ceguera que afectó a los venezolanos.

Se había puesto en movimiento la sinrazón de la cual habla la historiadora norteamericana Barbara W. Tuchman en su maravilloso libro *La marcha de la locura*.

Con Chávez se gestó la crisis

Desde la primera toma de posesión de Chávez el 2 de febrero de 1999 –y especialmente, a partir del 5 de marzo 2013, después de anunciarse su muerte– Venezuela ha vivido la peor crisis política, económica y social de la que se tenga memoria en más de siglo y medio. Los historiadores la comparan con la tragedia en la que se vio sumergido el país durante la Guerra

Federal, librada a mediados del siglo XIX. Los economistas más prestigiosos de la nación apuntan que no existe ningún otro país en el planeta donde –en un período de paz y en un lapso tan breve– se haya producido un colapso más devastador del aparato económico, como en Venezuela. Los indicadores de esa debacle son numerosos y en múltiples planos: política, economía, sociedad, cultura, derechos humanos. Todo ese deterioro ha ido acompañado por un fenómeno desconocido hasta ahora: la pérdida de capital humano en proporciones gigantescas, debido al éxodo masivo de venezolanos¹ que han huido hacia otras naciones, buscando nuevos horizontes que les permitan encontrar la calidad de vida que el régimen impuesto –primero por Hugo Chávez y después por Nicolás Maduro– les ha negado. Ese país de oportunidades que fue Venezuela en el pasado se extinguió en manos del populismo autoritario instaurado en sus comienzos por el jefe del 4-F.

Como era previsible por los numerosos antecedentes que rodearon el surgimiento y ascenso al poder de Hugo Chávez y el círculo de hierro formado a su alrededor, desde los inicios de la nueva era, en 1999, se instaló una casta de gobernantes que manifestaron su desprecio a la democracia, la propiedad privada y la economía de mercado; que utilizan a los pobres como base de sustentación electoral para mantener la ficción democrática y gobernar eternamente; y que intentan imponer el pensamiento único y la hegemonía cultural, especialmente en el campo comunicacional.

Esa facción destruyó la República civil: acabó con la independencia de los poderes públicos; ignoró a la Asamblea Nacional cuando en 2015 la mayoría de este órgano fue obtenida por la oposición; colonizó el Poder Judicial y el Ministerio Público, creando el marco propicio para que se expandiera la corrupción más insaciable vista jamás y campeara la impunidad como nunca antes; fulminó el Estado de derecho; y prostituyó a las Fuerzas Armadas hasta convertirlas en una milicia o guardia pretoriana, dedicada al pillaje y a resguardar la seguridad y los bienes de la nomenclatura del régimen.

La Venezuela de la segunda década del siglo XXI, bajo la conducción de Nicolás Maduro, es una nación arruinada y con un gobierno cada vez más autoritario, incompetente y desprestigiado en el plano internacional. En el horizonte cercano no se vislumbra una solución negociada, pacífica y constitucional al descalabro provocado por el continuo retroceso del sistema democrático y la caída indetenible de la economía y la calidad de vida.

¹ Casi 7 millones entre 2013 y 2022.

Este país caótico, empobrecido y sometido a una pequeña facción de civiles y militares –muchos de los cuales se encuentran sancionados por diferentes gobiernos democráticos y organismos internacionales–, no se originó con el arribo de Nicolás Maduro a la presidencia de la nación, cuando Hugo Chávez, antes de partir definitivamente a Cuba en diciembre de 2012, lo designó su heredero. Fue el fallecido comandante quien adoptó las primeras políticas y aplicó las medidas iniciales que propiciaron el ambiente que puso a la nación de rodillas. Fue él quien sentó las bases de esa descomposición rampante y generalizada que se aprecia en toda su intensidad en la actualidad.

Maduro terminó de implantar la dictadura populista que germinó con Chávez, aunque realiza esfuerzos por acoplarse –solo de forma parcial– al marco jurídico internacional surgido con el final de la Guerra Fría y el avance de la globalización en el área legal. De ese contexto general forman parte la Carta Democrática Interamericana y el Estatuto de Roma, acuerdos suscritos por el gobierno de Venezuela que incluyen cláusulas democráticas y sanciones a quienes las quebranten. Maduro entiende que debe adaptarse, aunque solo sea formalmente, a ese entorno. De allí que convoque las elecciones periódicas previstas en la Constitución y que haya mantenido –con numerosas restricciones y diputados presos y en el exilio– a la Asamblea Nacional, a pesar de haberle sido adversa durante el quinquenio que comienza en enero de 2016.

Entre Maduro y Chávez se trazó una línea continua en el prolongado declive global de la nación.

Los límites de las «causas y explicaciones estructurales»

Después de más de dos décadas en las cuales la democracia ha sido acorralada y la economía devastada por el estatismo y los controles desmedidos, y luego de quedar claro que el origen del deterioro se encuentra en Hugo Chávez, el gran responsable, mucha gente dentro y fuera de Venezuela se pregunta, con razón, qué ocurrió en nuestro país. ¿Por qué los ciudadanos optaron por ese caudillo si se identificaba con Fidel Castro, el autócrata comunista que había arruinado a Cuba, la isla más próspera del Caribe?

Resulta fundamental entender por qué Hugo Chávez –quien en las postrimerías del siglo XX seguía deslumbrado por un anciano dictador comunista como Castro y su obsoleta revolución– pudo imantar a la mayoría de los votantes, destruir un sistema que se veía impermeable y empotrarse en

el poder de la forma como lo hizo. Ese episodio de la historia nacional debe investigarse hasta levantar un mapa del contexto general en el cual prosperó una candidatura que al despuntar el año 1998 apenas se asomaba con unos pocos puntos en las encuestas de opinión. En ese momento se encontraba muy a alejado de Irene Sáez, la hermosa y eficiente alcaldesa del municipio Chacao, en Caracas, quien aparecía como la firme candidata a convertirse en la primera mujer en la historia en alzarse con la Presidencia de la República, en una nación tan machista como Venezuela. Poco tiempo después, Irene se derrumbaría. Aparecería Henrique Salas como la opción moderada. Este también sucumbiría ante el empuje de Chávez.

Ese trabajo global habría que realizarlo con la finalidad de poseer una visión panorámica que haga posible apreciar dónde estuvieron los desvíos de los gobernantes y las élites, cuáles fueron los errores y excesos cometidos y dónde se encuentran las fallas del sistema. Sin duda que esas dimensiones *estructurales* son básicas para explicar el *fenómeno* Chávez. Un proyecto tan exigente como ese desborda con creces los límites de este ensayo. Se requeriría un investigador con un equipo interdisciplinario que reúna, al menos, a sociólogos, economistas, politólogos, historiadores, psicólogos y urbanistas. Un grupo de esta naturaleza, con un plan coherente de trabajo, tendría que levantar un mapa fidedigno de la situación del país en aquel fatídico año de 1998, cuando el pueblo venezolano dio el primer paso hacia el suicidio colectivo.

Dentro de las fronteras de este artículo, solo se podrían trazar unas rápidas pinceladas de algunos de los aspectos más relevantes de la situación económica, social y política nacional, que sirvieran de marco general para visualizar el ambiente en el cual Chávez obtuvo la victoria electoral, paso fundamental para todo el proceso de empoderamiento y cambio radical del régimen político y económico que vendría en los años posteriores. No obstante, parece más relevante destacar las características específicas del personaje que lideró ese proceso de transformación radical y hacer referencia a la poderosa fuerza destructiva que tuvieron la frustración, el resentimiento y la venganza. Por más precisa que sea la fotografía que se tome de aquel año 98, no es posible llegar a una explicación integral del por qué la mayoría electoral del país se decidió por la peligrosa alternativa representada por Hugo Chávez, si no se incluyen esos factores que han sido apuntados.

Para la interpretación cabal de los acontecimientos históricos, conviene incorporar las motivaciones subjetivas presentes en la cadena causal que

conducen a su aparición. Desde esta perspectiva, ayuda tener en cuenta la visión de Max Weber sobre la importancia de la «comprensión» (*verstehen*). La empatía. La capacidad de ponerse en el lugar del otro. Una de las motivaciones que suele movilizar a las masas, ya sea para ir a las urnas electorales (utilizar el voto como «castigo») o a jornadas de protesta callejera (pacíficas o violentas) es el deseo de revancha provocado por la frustración y el resentimiento. Sin incluir la presencia de esas fuerzas, algunas veces ocultas, es imposible alcanzar la cabal comprensión del hecho particular que se investiga o alrededor del cual se reflexiona.

A finales de 2019, se pudo ver en los disturbios ocurridos en Santiago de Chile, en Valparaíso y en otras ciudades del país austral, la fuerza destructiva de esos componentes. Chile, desde hace varias décadas, se había convertido –al menos en apariencia– en un modelo de sociedad próspera, con desarrollo sustentable y bastante equitativo. De acuerdo con los indicadores convencionales, era una nación que venía progresando de manera continua e incluyente, desde abrumadoras cotas de pobreza hacia altos niveles de bienestar. Esa era la imagen proyectada por sus autoridades y por organismos internacionales ocupados en medir y comparar cifras entre distintos países.

Resulta que en esa nación «modelo» amplios sectores de las clases medias y de los estratos populares más humildes no compartían esa percepción. Se sentían excluidos de los beneficios del desarrollo. Sentían –con razón o sin ella– que no estaban participando de la distribución de la riqueza nacional como esperaban y necesitaban para llevar una vida más digna y acorde con el crecimiento de la economía. Las revueltas populares tan violentas que se registraron a partir de octubre de 2019, mostraron un nivel de resentimiento y deseos de venganza que sorprendió a los latinoamericanos y al resto del planeta, que encontraban en Chile un ejemplo a seguir.

Las imágenes televisivas –o a través de las redes– que mostraban cómo los *pacíficos* chilenos destruían estaciones del metro de Santiago, farmacias, tintorerías o clínicas –es decir, lugares inocuos desde el punto de vista político y útiles desde la perspectiva social– desconcertaron a quienes las vimos por el nivel de brutalidad contenido. La ilusión de armonía se desmoronó. La verdad cruda era que Chile no constituía esa nación armoniosa y complacida con el sistema imperante, como buena parte del mundo creía y como ellos mismos se encargaban de difundir. El malestar inveterado era uno de sus rasgos dominantes. La izquierda más agresiva se encargó de catalizarlo y exponenciarlo, con el fin de denunciar las «injusticias» creadas por el

«capitalismo neoliberal». Para el análisis de ese ciclo de protestas poco importa si los chilenos que se sienten excluidos tenían o no razones objetivas para pensar de ese modo; o si la izquierda marxista, como suele ocurrir, se aprovechó de manera indebida y oportunista del malestar para exacerbarlo, en vez de reducirlo o atemperarlo. Lo cierto es que la frustración eclosionó, transformándose en una fuerza destructiva que puso a tambalear el sistema. Transcurridos varios meses, todavía no se sabía cuáles serían las consecuencias de esa sacudida.

Salvando las distancias entre una y otra realidad, algo parecido sucedió en Venezuela con el triunfo de Hugo Chávez, solo que aquí sí se conocen y se padecen a diario las secuelas de aquel salto al vacío: con él comenzó el eclipse de la democracia, la descomposición de las instituciones republicanas y la ruina económica y social.

La seductora fuerza de la frustración, el resentimiento y la venganza

En 1998 una gruesa cantidad de personas estaban convencidas de que una minoría se quedaba con los beneficios proporcionados por las joyas enterradas en el subsuelo, mientras la inmensa mayoría quedaba segregada del reparto, padeciendo las consecuencias de esa exclusión. El mito de la Venezuela rica porque en su subsuelo se encontraban reservas millonarias de petróleo, hierro, bauxita, energía hidroeléctrica y minerales preciosos, tuvo la ocasión de expresarse bajo la forma de reclamo y acusación a través del dedo acusador de quien manifestaba sus deseos de triturar el orden existente.

El ambicioso Hugo Chávez –quien a lo mejor se habría valido de otras excusas para hacerse con el poder y, además, ya había utilizado las armas para intentar asaltar el gobierno– asumió el resentimiento y los deseos de revancha que venían acumulándose en distintas capas sociales, aparentemente desde mucho antes de su victoria, sin que los dirigentes de los partidos, federaciones empresariales, sindicatos, gremios, medios de comunicación, intelectuales y, en general, la élite, percibieran el calado de ese malestar con el sistema institucional, económico y social vigente.

Al comandante no lo encumbraron en el poder los habitantes de otros planetas, ni fue impuesto por una invasión extranjera, ni tampoco fue un vicario colocado por una potencia imperial, como ocurría con las autoridades locales durante la época de la Colonia. Nada de eso sucedió. Chávez fue electo por el pueblo en una votación libre, como es bien sabido, frente a una opción más moderada y prosistema: la de Henrique Salas. El candidato

antisistema se convirtió en el receptor del voto aplicado como «castigo». Solo que en esta oportunidad ese «castigo» fue más autoflagelación que cualquier otra cosa.

Hasta la cita electoral de diciembre de 1998 –al igual que en Chile– gran parte de la élite gobernante pensaba que, a pesar de los inocultables problemas estructurales (económicos, sociales e institucionales) existentes, la mayoría del pueblo se sentía satisfecha con el orden democrático iniciado en 1958, cuarenta años antes.

La miopía de la clase gobernante le impidió detectar los preocupantes síntomas que se habían manifestado en varias ocasiones durante la década anterior. En 1989 se había producido «El Caracazo», una jornada de violentas y masivas protestas callejeras escenificadas en la capital del país y en algunas ciudades de provincia, los días 27 y 28 de febrero. Esas revueltas rompieron la paz social que había durado desde el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez en 1958. Tres años más tarde, en 1992, Hugo Chávez –junto con un grupo de coaligados– invocando la «masacre» perpetrada por la burguesía contra el pueblo en febrero del 1989, llevó adelante el golpe de Estado que intentó derrocar al presidente Carlos Andrés Pérez. En esa ocasión, el que salió convertido en héroe popular no fue el mandatario nacional –quien había desbaratado en pocas horas la conspiración militar urdida durante varios años– sino el alevoso oficial sublevado. Ese mismo año 92, en noviembre, otro grupo de uniformados insurrectos trató de nuevo tumbar a Pérez, quien volvió a salir triunfante. Sin embargo, en vez de quedar transformado en prócer de la democracia por haber derrotado a los enemigos del sistema en un par de oportunidades en menos de un año, el presidente Pérez fue objeto –con la anuencia de su propio partido, Acción Democrática– de una conjura civil que se resolvió sacándolo del poder, apenas ocho meses antes de finalizar su mandato. En 1993 concluyó la era del bipartidismo –del claro predominio en el mundo político e institucional de las organizaciones Acción Democrática y Copei– iniciada veinte años antes. Los acuerdos de gobernabilidad entre esos dos partidos habían constituido el eje de la estabilidad democrática durante ese ciclo.

Los resultados de la consulta electoral de 1998 mostraron que el descontento con el orden vigente era mayor de lo imaginado. Con el sistema democrático existía una insondable decepción. El modelo atravesaba una crisis de legitimidad y representatividad que no fue apreciada en su real magnitud por la dirigencia del país. La mayoría de la gente más humilde e

importantes franjas de las clases medias anidaban un gran descontento. Se sentían excluidas y segregadas por los gobernantes de turno y por los grupos de poder. Percibían que el sistema económico y social era injusto e inequitativo con ellos. Que favorecía a los estamentos privilegiados. Se imaginaban que la corrupción se había apoderado del Estado y que el Poder Judicial no hacía nada para evitarla y castigarla de forma severa. La gente pensaba que el país se descomponía ante sus propios ojos y que era impostergable actuar para impedir que la degradación continuase. Poco interesa si esa imagen fue exagerada por unos medios de comunicación irresponsables y que el incompetente gobierno de Rafael Caldera contribuyera a sembrarla en la conciencia de los venezolanos. La nuez del asunto reside en que millones de venezolanos estaban dominados por la frustración y el deseo de vengarse de quienes ellos consideraban responsables de su degradación.

Chávez comprendió ese estado de ánimo y logró convertirlo en una fuerza, primero electoral y luego en una máquina destructiva articulada con el fin de demoler la democracia y la economía privada, por un lado, y, por el otro, de levantar el mecano que le permitiría engraparse al poder. Se valió de las capas más humildes, decepcionadas porque el mito de la Venezuela rica se había derrumbado, para dinamitar el *estatus quo*. Esas masas frustradas formaron el ariete electoral con el cual fue destrozando los muros levantados por la democracia a partir del Pacto de Puntofijo y la Constitución de 1961, cuarenta años atrás.

Sobre esos acuerdos de gobernabilidad suscritos por las principales fuerzas políticas, sindicales y empresariales, después de derrocada la dictadura perezjimenista, se había erigido una democracia que lucía inquebrantable. Su reciedumbre era tal que, en 1961, durante el gobierno de Rómulo Betancourt, Venezuela logró expulsar de la Organización de Estados Americanos (OEA) a Cuba, cuando Fidel Castro –en aquella etapa, un héroe latinoamericano– intentó subvertir el orden en algunas naciones del continente.

Esta sociedad, que contaba con grandes partidos políticos, una extensa red de sindicatos, asociaciones empresariales y gremios profesionales, medios de comunicación independientes poderosos, terminó siendo avasallada por un caudillo demagógico, quien desde sus primeras apariciones públicas hablaba de refundar –en realidad, devastar– la República, a partir de los despojos de la democracia.

Comentario final

En Venezuela quedó evidenciada la poderosa fuerza destructiva que desatan la frustración, el resentimiento y la venganza cuando estos factores encuentran un autócrata a quien lo único que le importa es el goce obscuro del poder y el sometimiento de la estructura del Estado y la sociedad a sus inclinaciones personales. En el caso de Hugo Chávez, esas apetencias estuvieron revestidas de un maquillaje ideológico. Su discurso sobre la Quinta República, la Constituyente, la soberanía popular y la democracia directa, como opción frente a la democracia representativa, fueron el anzuelo que le sirvió para atraer incautos.

La ira y las pulsiones vengativas de aquellos venezolanos que se pronunciaron por Chávez en 1998 –unidas a errores cometidos por la dirigencia opositora en los años siguientes– provocaron una tragedia de dimensiones incalculables. De la funesta experiencia venezolana deben aprender los pueblos y dirigentes de América Latina. La democracia nunca es tan sólida como los demócratas se imaginan. Siempre está bajo el acecho de demagogos mesiánicos movidos por el deseo de destruir todo aquello que se opone a su insaciable ambición de gobernar eternamente.

Referencias bibliográficas

- Applebaum, Anne** (2020). *Twilight of Democracy: The Seductive Lure of Authoritarianism*. Canada: McClelland & Stewart.
- Blanco Muñoz, Agustín** (1998). *Habla el Comandante*. Cátedra Pío Tamayo, Caracas: CEHA/IIIES/Faces/ Universidad Central de Venezuela.
- Benavante Urbina, Andrés y Julio Alberto Cirino** (2005). *La democracia defraudada. Populismo revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Grito Sagrado.
- Casanova, Roberto** (2011). *Bifurcación. Entre una visión neocomunista y una visión creadora*. Caracas: Gráficas Lauki.
- Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards** (1991). *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Garrido, Alberto** (2002). *Documentos de la Revolución Bolivariana*. Mérida, Venezuela: Ediciones del Autor.
- Garrido, Alberto** (2000). *Historia secreta de la Revolución Bolivariana*. Mérida, Venezuela: Ediciones del Autor.
- Giusti, Roberto y Ramón Hernández** (2006). *Carlos Andrés Pérez: memorias proscritas*. Caracas: Libros de El Nacional.
- Hernández, Carlos Raúl y Luis Emilio Rondón** (2005). *La democracia traicionada. Grandeza y miseria del Pacto de Punto Fijo (Venezuela 1958-2003)*. Caracas: Rayuela Taller de Ediciones.

- Kozak-Rovero, Gisela** y **Armando Chaguaceda**, ed. (2019). *La izquierda como autoritarismo en el siglo XXI*. Caracas: Fundación Cadal, Centro de Estudios Constitucionales Iberoamericanos y Universidad Central de Venezuela.
- Krauze, Enrique** (2009). *El poder y el delirio*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Krauze, Enrique** (2018). *El pueblo soy yo*. Ciudad de México: Debate.
- Krastev Ivan** y **Stephen Holmes** (2019). *La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría, pero perdió la paz*. Madrid: Editorial Debate.
- Laclau, Ernesto** (2010). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Levitsky, Steven** y **Daniel Ziblatt** (2018). *Cómo mueren las democracias*. Madrid: Editorial Ariel.
- López Maya, Margarita** (2005). *Del viernes negro al referendo revocatorio*. Caracas: Editorial Alfa.
- Marcano, Cristina** y **Alberto Barrera Tyszka** (2007). *Hugo Chávez sin uniforme*. Caracas: Debate.
- Márquez, Trino** (2020). «Avatares de la democracia y nuevas formas de populismo revolucionario en América Latina», en *Democracia y autoritarismo en América Latina*. Tomás Páez, comp. Madrid: Khalatos Ediciones.
- Márquez, Trino** (2001). «Hugo Chávez: Antecedentes de un enigma. Intento». *Revista del Doctorado en Ciencias Sociales de Faces*. UCV, Caracas.
- Márquez, Trino** (1996). *Max Weber: metodología y ciencias sociales*. Caracas: Editorial Panapo.
- Mendoza, Plinio A., Carlos A. Montaner, y A. Vargas Llosa** (1996). *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. Barcelona: Plaza y Janés Editores.
- Molina, Alfonso** (2012). *2002: El año que vivimos en la calle. Conversaciones con Carlos Ortega*. Caracas: Editorial Libros Marcados.
- Negri, Antonio** (2015). *El Poder Constituyente. Ensayos sobre las alternativas a la modernidad*. Madrid: Ediciones Traficantes de Sueños.
- Ochoa Antich, Fernando** (2007). *Así se rindió Chávez: la otra historia del 4 de febrero*. Caracas: Ediciones El Nacional.
- Ramírez, Kléber** (2005). *Historia documental del 4 de febrero*. Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana.
- Romero, Aníbal** (1986). *La miseria del populismo*. Caracas: Ediciones Centauro 86.
- Rivero, Mirtha** (2010). *La rebelión de los náufragos*. Caracas: Editorial Alfa.
- Santodomingo, Roger** (1999). *La conspiración del 98: Un pacto secreto para llevar a Hugo Chávez al poder*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- Torres, Gerver** (2000). *Un sueño para Venezuela. ¿Cómo hacerlo realidad?* Caracas: Ediciones del Banco Venezolans de Crédito.
- Tuchman, Barbara W.** (2005). *La marcha de la locura. La sinrazón desde Troya hasta Vietnam*. México: Fondo de Cultura Económica.